

lataban, y descubria sus blancos dientes á impulsos de nerviosa sonrisa.

—Serafina reventaria de despecho si me viese tanto dinero,—dijo la doncella á Herodes y á Blazius;—os lo muestro para probaros que no es la miseria la que me vuelve al redil, sino el puro amor al arte. En cuanto á vosotros, si no teneis dineros, meted aquí vuestras manos y tomad tanto como podais coger con vuestros cinco dedos, é introducid tambien el pulgar, á la moda de Alemania.

Los cómicos le agradecieron su generosidad, afirmando que no tenian necesidad de nada.

—Bueno,—dijo Zerbina,—será para otra vez, os lo guardaré en mi arquilla como fiel tesorera.

—Luego has abandonado al pobre marqués,—dijo Blazius con aire compungido;—pues tú no eres mujer de aquellas á quienes se abandona. El papel de Ariana no te sienta bien, pero sí el de Circe. Sin embargo era un magnífico señor, esbelto, de modales aristocráticos, de claro entendimiento y digno por todos conceptos de ser amado más tiempo.

—Mi intencion,—contestó Zerbina,—ya es de guardarlo como un anillo en mi dedo y la más preciada alhaja de mi joyero. Yo de ningun modo le abandono, y si le he dejado, es para que me siga.

—*Fugax sequax, sequax fugax*,—repuso el Pedante;—estas cuatro palabras latinas de consonancia cabalística, que parecen un canto de batracianos tomado de la comedia de las *Ranas* de Aristófanes, poeta ateniense, contienen el meollo de las teorías amorosas y pueden servir de norma de conducta tanto al sexo fuerte como al sexo débil.

—¿Y qué reza tu latin, viejo Pedante?—preguntó Zerbina;—te has olvidado de trasladarlo al francés, no recordando que no todos han sido como tú profesor en un colegio y distribuido palmetazos.

—Podria traducirse,—respondió Blazius,—por dos cuaternas ó coplas de este tenor:

Huid, os seguirán;

Seguid, de vos huirán.

—Hé ahí,—dijo Zerbina riendo,—una poesía á propósito para acompañada de una música de flautas de caña y cornetillas de pasta azucarada y cantada con la tonadilla de Robin y Robine.

Y la loca criatura se puso á cantar los versos del Pedante á voz en cuello, con timbre tan claro y tan argentino, que daba gusto oirla, y acompañaba su canto de gestos tan expresivos, ora alegres, ora sérios, que uno creia presenciar la persecucion y la retirada de dos amantes, inflamado el uno, desdeñoso el otro.

Cuando hubo dado rienda suelta á su locura, se sosegó y se puso seria.

—Escuchad mi historia,—dijo.—El marqués me hizo conducir por el criado y el mozo de mulas que vinieron á buscarme en la encrucijada de la Cruz á un pequeño castillo ó pabellon de caza, que posee en uno de sus bosques, muy retirado y difícil de descubrir, á ménos de saber su existencia, pues lo oculta á las miradas una negra fila de pinos. Allí es donde el buen señor va á hacer sus francachelas con algunos amigos. Ya puede uno gritar en él hasta perder la voz, que nadie le oye, mas que un viejo criado encargado de reemplazar las botellas vacías. En aquel castillo, donde oculta sus amores y galanteos el marqués, se encuentra un departamento muy limpio colgado de tapicerías de Flandes, con una cama antigua, pero ancha, blanda, con abundancia de almohadones y cortinajes, y en el que hay además un tocador provisto de cuanto necesita una mujer, fuese duquesa: peines, esponjas, tarros de esencia, opiatas, cajitas de lunares, pomadas para los labios y pasta de almendras; componen los muebles sillones, sillas y sillas de tijera forradas á pedir de boca, y el suelo está cubierto con una alfombra tan tupida que uno puede dejarse caer sobre ella sin temor de hacerse daño. Aquel retiro ocupa misteriosamente el segun-



do piso del pabellon; y digo misterioso, pues desde afuera es imposible sospechar las magnificencias que encierra. El tiempo ha ennegrecido los muros que parecerian próximos á derrumbarse sin una hiedra que los abraza y sostiene. Al pasar de noche por delante del castillo creeríasele deshabitado, pues los postigos y los cortinajes de las ventanas impiden que la luz de las velas y del fuego se desparrame por el campo.

—Seria esta,—interrumpió el Tirano,—una magnífica decoracion para un quinto acto de tragedia. En una casa semejante podrian degollarse con tiempo y comodidad.

—La costumbre de representar papeles trágicos,—dijo Zerbina,—te enlugubrece la imaginacion. Es, al contrario, una morada muy alegre, pues el marqués nada tiene de hurano.

—Prosigue tu relato, Zerbina,—exclamó Blazius con gesto de impaciencia.

—Cuando llegué cerca de aquella salvage vivienda,—continuó la doncella,—no pude ménos de experimentar cierta aprehension. Por mi virtud nada tenia que temer, pero por un instante creí que el marqués queria emparedarme allá en una especie de calabozo, de donde y á medida de su capricho me sacara de cuando en cuando. Yo no siento ninguna predileccion por las torres con ventanas enrejadas, y no sufriria el cautiverio aun para ser sultana favorita de su alteza el Gran Señor; pero qué digo, soy doncella de oficio, y he hecho durante mi vida evadir tantas Isabeles, Leonores y Doralizas, que pronto hallaria una astucia para escaparme sin ayuda de nadie, si, por azar, quisiesen retenerme. ¡Seria cosa digna de ver que un celoso aprisionase á Zerbina! Entré pues valientemente, y quedé sorprendida lo más agradablemente del mundo al ver que aquella tétrica morada que ponía mala cara á los caminantes, sonreía á los huéspedes. Por fuera ruinas, lujo y comodidad por dentro. En la chimenea ardía un buen fuego. Bujías de color de rosa reflejaban su luz en los espejos de las taraceas, y encima de la

mesa, cubierta de cristales, argentería y botellas, estaba servida una cena delicada y abundante. Cerca de la cama se veian tiradas al abandono piezas de telas los reflejos de cuyos pliegues brillaban á la luz. Encima del tocador, brazaletes, collares y arracadas, lanzaban juguetonas chispas y bruscos dorados centelleos. Me sentí del todo tranquilizada. Una jóven campesina levantó el cortinaje y vino á ofrecerme sus servicios; desembarazóme del traje de camino y me ayudó á ponerme otro más decente que estaba preparado en el guardaropa. Trascurridos algunos instantes llegó el marqués, quien me encontró encantadora en mi *deshabillé* de tafetan á rayas blancas y cereza, y juró amarme de veras hasta la locura. Cenamos, y aunque me esté mal el decirlo, debo de confesar que estuve endiabladamente inspirada; las agudezas me salian de los labios á borbotones, las ocurrencias se me escapaban en tropel envueltas en estrepitosas y no interrumpidas carcajadas; era aquello una alegría, un humor, una impetuosidad jovial de que uno no puede formarse idea. Habia para hacer bailar á los muertos y poner en combustion las cenizas del viejo rey Príamo. El marqués, deslumbrado, fascinado, embriagado, tan pronto me llamaba ángel, tan pronto demonio; llegando al extremo de proponerme matar á su mujer y casarse conmigo. ¡Pobrecito! y lo hubiera hecho tal como decia; pero yo no quise, diciéndole que tales matanzas eran cosas insípidas, vulgares y ordinarias. No creo que Lais, la bella Imperia, y madama de Vannoza hubiesen jamás animado como yo una media noche. Así trascurrieron muchos dias. Poco á poco sin embargo el marqués se puso pensativo, y parecia buscar algo de que no se daba cuenta y encontraba á faltar. Hizo algunas excursiones á caballo, y aun invitó á dos ó tres amigos para distraerse. Sabiéndolo vanidoso, yo me engalanaba con los trajes y adornos que más me favorecian y redoblaba mis primores, gracias y arrumacos delante de aquellos hidalgos pelones que jamás se habian encontrado en fiesta semejante:



á los postres, tocaban las castañuelas con los pedazos de un plato de porcelana de China roto, y yo ejecutaba una zarabanda tan loca, tan lasciva, tan arrebatada, que hubiese condenado á un santo. Era cosa de verme con los brazos abandonados encima de mi cabeza, moviendo como el azogue mis piernas cuyas blancas medias dejaba entrever con la velocidad del rayo entre el torbellino de mis sayas; cimbrando mis caderas hasta tocar el suelo con mis hombros, dejando adivinar bellezas que se perdian en mi garganta, incendiado todo con miradas y sonrisas capaces de poner en combustion una sala de espectáculo si algun dia pudiese yo bailar semejante danza en un teatro. El marqués radiaba de satisfaccion, orgulloso como un rey de tener por entretenida una mujer como yo; pero al otro dia se ponía tétrico, lánguido, macilento. Eché mano de mis filtros más eficaces; ¡ah! ningun poder ejercian sobre él, quien se admiraba de sí mismo. A veces fijaba en mí sus ojos como si en mis facciones estudiase el parecido de otra persona. ¿Me habrá tomado, pensaba yo, para servir de cuerpo á un recuerdo y le renovaré un amor perdido? No, me contestaba á mí misma, esas extravagancias no son propias de su temperamento. Tales desvarios convienen á los biliosos hipocondríacos y no á esos tipos joviales de encarnado semblante y encendidas orejas.

—¿No era saciedad?—dijo Blazius,—pues hasta la ambrosía llega á fatigar, y los dioses vienen á comer en la tierra el negro pan de los mortales.

—Sabed, señor necio,—respondió Zerbina dando un golpecito en los dedos del Pedante,—que jamás nadie se cansa de mí, y testigo vos mismo que me lo habeis dicho no há mucho.

—Perdóname, Zerbina, y dínos lo que amargaba el humor del marqués; me desvivo por saberlo.

—Por fin,—repuso Zerbina,—á fuerza de pensar, comprendí lo que en medio de su dicha ponía de mal humor al marqués, y descubrí el quid por qué suspiraba ese sibarita.

Tenia la mujer, pero echaba de ménos la comedianta. El aspecto brillante que dan las luces, los afeites, los trajes, la diversidad y el movimiento de los tipos se habian evaporado como se oscurece el esplendor ficticio de la escena cuando el despabilador apaga las velas. Al salir de los bastidores yo habia perdido para él parte de mis seducciones. No le quedaba más que Zerbina, y lo que amaba en mí era Liseta, Marta, Marineta, el brillo de la sonrisa y de la mirada, la réplica viva, el descarado semblante, los adornos caprichosos, el deseo y la admiracion del público. Buscaba, á través de mi rostro verdadero, mi cara de teatro, pues nosotras las actrices, cuando no somos feas, poseemos dos bellezas, artificial la una y la otra natural; una máscara y un rostro. A menudo es preferida la primera, aun que sea bonito el semblante. Lo que deseaba el marqués, era la doncella que habia visto en las *Bravatas del Capitan Matamoros*, que yo no le representaba más que á medias. El capricho que une ciertos señores á comediantas es mucho ménos sensual que uno imagina. Es una pasion del ánimo más bien que del cuerpo. Creen alcanzar el ideal y estrechan lo real, pero la imágen que persiguen les escapa; la actriz es como un cuadro que debe contemplarse á distancia y con luz propicia. Si os acercáis, la ilusion se disipa. Yo misma empezaba á aburrirme. Muchas veces habia deseado ser amada de un grande, tener alhajas, vivir sin zozobras ni cuidados en medio de las riquezas y del regalo del lujo, y á menudo me habia acontecido maldecir mi rigurosa suerte que me obligaba á andar de zocos en colodros, sobre una carreta, sudando en verano, tiritando en invierno, para desempeñar mi oficio de comedianta. Yo esperaba anhelosa la ocasion de concluir con esta vida miserable, ignorando que era mi propia vida, mi razon de ser, mi talento, mi poesía, mi encanto y mi gloria particular. Sin ese rayo de arte que me dora un poco, yo no seria más que una cualquiera como tantas otras. Talía, diosa vírgen, me ampara con su manto, y los versos de los poetas, carbo-



nes encendidos, al tocar mis labios los purifican de más de un beso lascivo. Mi permanencia en el pabellon del marqués me iluminó. Comprendí que ese hidalgo no se habia enamorado sólo de mis ojos, de mis dientes, de mi cutis, antes bien de esa chispa que brilla en mí y hace que me aplaudan. Una mañana le dije sin ambages que queria otra vez remontar el vuelo y que no me convenia de ningun modo ser á perpetuidad la amante de un señor: que la primera advenediza podria hacerle al caso y que me otorgase su permiso, dándole por otra parte seguridades de que le amaba, y patentizándole mi reconocimiento por sus bondades. El marqués pareció al principio sorprendido, pero no incomodado, y despues de haberse librado durante un momento á la reflexion, dijo: ¿Qué vais á hacer? Yo le contesté: «Alcanzar la compañía de Herodes ó unirme á ella en Paris si ha llegado ya á esta ciudad. Quiero volver á hacerme cargo de mi empleo de doncella, pues há ya demasiado tiempo que no he chasqueado á ningun Gerencio.» Esto hizo reir al marqués. «Pues bien,—dijo,—id delante con el tren de mulas que pongo á vuestra disposicion; dentro de poco os seguiré yo. Tengo algunos asuntos que exigen mi presencia en la corte, y hace ya mucho tiempo que me enmohezco en provincias. Me permitireis que os aplauda, y si llamo á la puerta de vuestro cuarto, creo que me abriréis.» A estas palabras, tomé, ó por mejor decir procuré tomar un aire pudibundo que nada tenia de desesperante. «¡Ah! señor marqués,—le dije,—¡qué me pedis!» En una palabra, despues de la más tierna despedida, salté sobre mi mula y héme aquí en las *Armas de Francia*.

—Pero,—dijo Herodes con tono zumbon,—si el marqués no venia te verias cogida.

Esta idea pareció tan graciosa á Zerbina, que la jóven se echó de espaldas sobre su sillón y rompió en una sonora carcajada.

—«¡El marqués no venir!—exclamó cuando hubo recordado su sangre fría,—ya puedes tomar de antemano su

cuarto. Mi temor era que no me hubiese tomado la delantera. ¡Vaya! tú dudas de mis encantos, Tirano imbécil y cruel. Decididamente las tragedias te embrutecen. Antes tenias más talento.

Leandro y el Intrigante, que habian sabido por los criados la llegada de Zerbina, entraron en el cuarto y la cumplieron. Poco despues compareció la señora Leonarda, cuyos ojos de mochuelo brillaron á la vista del oro y de las alhajas desparramados sobre la mesa. La vieja mostró para con Zerbina la obsequiosidad más baja. Isabel tambien vino y la doncella le regaló una pieza de tafetan. Sólo Serafina pareció encerrada en sí misma. Su amor propio no habia podido perdonar á su rival la inexplicable preferencia del marqués.

Digieron á Zerbina que Matamoros habia muerto helado en el camino, pero que habia sido reemplazado por el barón de Sigognac, quien tomaba por nombre de teatro el título, muy acomodado al empleo, de Capitan Estruendo.

—Será gran honor para mí trabajar con un hidalgo cuyos antepasados fueron á las cruzadas,—dijo Zerbina,—y procuraré que el respeto no sofoque en mí el númen. Afortunadamente ahora estoy acostumbrada á tratar con personas de calidad.

En aquel momento entró Sigognac en el cuarto. Zerbina dobló las piernas de manera á hacer hinchar sus sayas y le hizo una reverencia de corte en toda regla y muy ceremoniosa.

—Esto,—dijo,—para el señor barón de Sigognac, y esto para el Capitan Estruendo mi camarada,—añadió dando un desenvuelto y estrecho abrazo que estuvo á pique de desconcertar á Sigognac poco acostumbrado á esas libertades de teatro y á quien por otra parte turbaba la presencia de Isabel.

La vuelta de Zerbina permitia variar agradablemente el repertorio, y toda la compañía, excepto Serafina, experimentaba la mayor satisfaccion de volverla á ver.